

La tenaza china

LOS ecos de la visita del secretario de Estado americano, Alexander Haig, a Pekín no se han apagado todavía y, seguramente, tardarán todavía mucho en hacerlo, a causa de las consecuencias que este viaje puede tener en el futuro de la distensión y de la paz en el mundo.

El viaje de Haig empezó con regulares perspectivas a causa del problema de Taiwan (Formosa), sobre el que las autoridades de Pekín siguen mostrándose, al menos verbalmente, sumamente intransigentes. Al final todo fueron sonrisas y arrumacos. Una vez más, triunfaron las prelecciones estratégicas sobre los problemas de orden secundario. Taiwan, pese a la importancia interior que tiene la política china, sigue siendo para la actual dirección de Pekín un problema menor.

Haig anunció a bombo y platillo en Pekín —tras entrevistarse con Deng Xiaoping— que su país vendería a China armas ofensivas y alta tecnología militar, aunque estos intercambios serían analizados «caso por caso» y deberían contar con la aprobación de las Cámaras. Horas después, cuando el secretario de Estado se encontraba ya en Manila, asistiendo a la conferencia de la ASEAN (Asociación de Países del Sudeste Asiático), algunos medios informativos americanos anunciaban sonoramente la existencia de estaciones de escucha y control en la frontera soviético-china, servidas por especialistas de la República Popular, bajo el control de la CIA. El Departamento de Estado americano opuso a estas informaciones un significativo «no comment», mientras los portavoces chinos se hacían de nuevas con calculada candidez.

La reacción soviética a la visita de Haig y a las subsiguientes consecuencias, no se hizo esperar. El Kremlin afirmó días pasados que «un nuevo paso se ha consumado en la construcción de la Alianza Antisoviética» y, ante semejante gesto, «que compromete seriamente la distensión», la Unión Soviética no puede permanecer indiferente.

Tales apreciaciones coincidían con otro grave descalabro para la diplomacia soviética y sus aliados: los países de la ASEAN reunidos en Manila exigían la retirada de las tropas vietnamitas de Camboya y acusaban al expansionismo soviético de estar detrás de los soldados de Hanoi que sostienen por las armas «al Gobierno títere de Heng Samrin». Respondiendo a la intransigencia soviético-vietnamita con una nueva intransigencia, los países del ASEAN reafirmaron su solidaridad con Tailandia.

La cooperación chino-americana en materia militar y estratégica completa lo que algunos comentaristas soviéticos definieron como «la tenaza china». Al oeste (Europa occidental y OTAN), y al este (China) la Unión Soviética se enfrenta desde ahora con dos frentes, autónomos aunque coordinados. Tal situación es nueva para el Kremlin y ello explica seguramente su silencio más reciente. Sería, sin duda, grave que Breznev y sus colaboradores perdieran los nervios e intentaran mediante actos de fuerza, como fue la invasión de Afganistán, romper el cerco planetario y quebrar la supuesta tenaza.

La «entente» estratégica con China Popular facilita el proyecto del presidente Reagan, tendente a establecer un diálogo bipolar en igualdad de condiciones con los soviéticos, aun a costa de elevar la tensión del medio ambiente internacional.

El marqués de Bradomin existe

SU realidad ya no se limita a las páginas de las «Sonatas», a las imaginadas intrigas cortesanas, a las soñadas aventuras de las guerras carlistas. El marqués de Bradomin existe, anda por las calles de las ciudades españolas. No sabemos si feo, católico y sentimental como el que imaginó el gran don Ramón de las barbas de chivo, pero real, vivo, de carne y hueso.

La monarquía actual, que ha sido prudente y parva en la concesión de títulos nobiliarios, ha demostrado ahora inteligencia y sensibilidad. El marqués de Bradomin, personaje de una enorme grandeza literaria, es Valle Inclán, el escritor que le dio vida. Es una pena que don Ramón no exista, porque hubiera sido un magnífico marqués, mancó, atrabillado, barbudo y ceceante, pero magnífico. De todas maneras el título queda unido a los Valle. Un título que no se ganó en la guerra ni en la política, en la fortuna o el privilegio. Un título que se conquistó en el duro oficio de las letras, que agota y consume a los espíritus más fuertes.

Los que no saben qué hacer

ES una experiencia muy curiosa, ésta de releer hoy, conmemorativamente, a don Pedro Calderón de la Barca. Pero más todavía la de leer a quienes le releen. Parece como si, de pronto, cundiera un cierto malestar al descubrir —¿descubrir?— que el venerable dramaturgo seiscentista «cuadra» con la supuesta euforia «democrática» vigente. Lope, por ejemplo, habría sido más útil: más oportuno, Lope, al fin y al cabo, tiene unos relumbres «populistas» que permiten ser exhibidos con alguna jovialidad en momentos de ilusión colectiva. Calderón, ni eso. Alguno de los improvisados panegíricos que se están profiriendo trata incluso de corregir la imagen tradicional, escolar, de don Pedro, a base de desempolvar ciertas comedias ligeras, no lo mejor de su obra, en cuya trama desenfadada queda postergado el frenesí ideológico habitual en el autor. Pero no. Calderón de la Barca fue lo que Gramsci llamaría un «intelectual orgánico» de la Filipada. También lo fue Lope de Vega, por supuesto. A Lope aún se le escapan unas cuantas ironías, no muchas. Lo de Calderón no tiene remedio: no hay manera de arreglarlo. Fue lo que fue, y quiso serlo.

De todos modos, pienso que la posteridad ha enturbiado injustamente el problema. Cuando un borbón ilustrado —o sus ministros— decidió extirpar de las costumbres piadosas la farfalleja barroca de los «autos sacramentales», y cuando, poco a poco, los hidalgos y demás «cristianos viejos» de estos reinos y principados comenzaron a tomarse a chirigota el sublime concepto del «honor», don Pedro se convirtió en arqueología literaria. Y como arqueología literaria habría perdurado —y egregia—, de no ser por los líos políticos del siglo pasado, todavía candentes. Si no me equivoco, fue don Marcelino Menéndez Pelayo quien desenterró el fósil como un hacha de guerra contra el depravado liberalismo que corroía a la sociedad cultibérica. Hay un discurso del primer Menéndez —¿también en ocasión de un centenario?— que reivindicaba, con el pretexto de Calderón, los «valores» más arcaicos y lúgubres del repertorio hispánico. Le rescató como «poeta nacional». O como «dramaturgo nacional». No importa. De ahí sale una confusión histórica y crítica que, en sus residuos finales, y agresivos, alcanza hasta el estremo de «El divino Impaciente». Después, con la victoria del general Franco, Calderón volvió a la superficie.

Fue una manera como otra cualquiera de hundir a Calderón. En la posguerra, el auge del nacionalcatolicismo y las arcas del Estado facilitaron la reposición de las piezas de don Pedro. Sin gran éxito, con todo. No estaba el

horno para bñlos. Pero el fracaso de la maniobra teatral no impidió la preservación del mito. Recuerdo que la censura del señor Fraga me suprimió, en un librito sobre Raimon, esta sencilla frase: «esa gran lata teológica que el "El gran teatro del mundo"». Con todos mis respetos para Calderón y para la teología, «El gran teatro del mundo» no deja de ser una lata. Como «El festín de Baltasar». Pero Fraga era calderoniano, y sigue siéndolo, y, por mí, puede serlo hasta la consumación de los siglos. Sólo que la gente no soportaba momias. Ni siquiera las «minorías selectas», que, en estas latitudes, no destacan por su sensibilidad estética. Calderón pudo ser un «clásico» permanente en un local de Madrid, como Cornille, Racine o Molière lo son en París. Pues no. Le erigieron en bandera de la ultraderecha, y sólo recibí desdenes y monografías. Y ahora, perplejidades. La tenue «clique» izquierdosa y cultural carpetovetónica no sabe qué hacer —qué hacerse— con don Pedro. Exaltarle, no. Denigrarlo, tampoco, porque va contra sus convicciones nacionalistas...

Y ¿porqué no tomar y dejar a Calderón en su sitio? Calderón no es ninguna tontería. Resulta intraducible —se le ha de leer o de oír en castellano—, pero esto es relativamente secundario. Cientos de literaturas del universo mundo —y entre ellas, la catalana— desearían haber tenido en el XVII un grafomano tan rutinario y tan vivaz como Calderón. Y algunas cosas más. Lo que sorprende es que, por desidia o por frivolidad —por analfabetismo—, el tinglado oficial de la cultura española, visceralmente calderoniano, prefiera la zarzuela o el sainete. Quizá la cosa se explique por el hecho de que, en 1981, las «covachuelas» madrileñas se mantienen empuccinadas en el siglo XIX, con «agua, azucarillos y aguardiente». O dan el salto mortal para patrocinar vanguardias que dejaron de serlo hace tiempo. No lo sé, y la preocupación me es ajena. ¿Queda tan lejos Madrid! Don Antonio Machado escribió aquello de «rompeolas de todas las Españas», él, que quizá nunca vio una suave escollera mediterránea... Era una metáfora. Y con su pan se lo coman. (Los «machadistas» o «machadofilos» tendrían que preguntarse algo acerca del verso citado: ¿cuándo y cuántas veces vio don Antonio el mar? La diáspora le acercó al Mediterráneo, en mi tierra, ¿Se interesó por la playa?)

Y la verdad es que releer a Calderón, cuando la «relajación de las costumbres» ha llegado a un extremo meritorio, y gratísimo, y el «honor» no cuenta, y se venden anticonceptivos en las farmacias próximas, y los matrimo-

nios más empingorotados se disuelven entre adulterios y sodomías, y la Santa Rota es benigna, y Calderón, desde el punto de vista del «contenido», es insoportable. Pero no lo es ni más ni menos que leer los trágicos griegos, a Shakespeare, a Goldoni, a Dumas, a Ibsen... A Calderón se le ha de leer como a todo escritor: como a escritor. Si «El gran teatro del mundo» es aburrido, digamos enseguida que también lo son algunos «cantos» de la Divina Comedia, la mitad de la Odisea, un tercio del Quijote y cuatro quintas partes del «Tirant lo Blanc». Sólo que la cultura es la cultura: una pesadumbre... Y, al asumirla, hemos de imponer en la herencia egobiante una mínima lucidez precisamente culturalista. La obsesión del «honor», hoy, es como invocar homéricamente a los dioses del Olimpo. Fue su tiempo y lo suyo: el ser un teólogo ortodoxo y un poeta brillante, un lameculos del «poder constituido» y a la vez un colosal malabarista del verso castellano. Un fabricante de comedias con picardía y el monstruo de los autos sacramentales.

TODO es compatible en esta vida. San Karlos y el beato Engels ya nos instruyeron acerca de la dialéctica, de las contradicciones, del materialismo histórico... Una lectura de Calderón desde el ángulo marxiano sería instructiva. Podría haberla hecho el profesor Tierno, sólo que el profesor Tierno no es demasiado marxista ni pasó de «El alcalde de Zalamea». ¿Quién ha leído de veras a Calderón? Lo leyó don Marcelino, «pro domo», y para usted de contar... Y, de pronto, la meningítica y desabrida «intelectualidad» —«intelligentsia»— española tropieza con el recuerdo de Calderón, y no sabe cómo arreglarlo... A mí, Calderón me cae muy simpático. Es tedioso, pero era un endiablado «artífice» del castellano. Después de Calderón (y los de su época), ¿quién supo escribir en castellano? Azorín, no; Unamuno, un poco; Baroja, nada; Miró, una risa; Valle-Inclán, un choteo (el mejor); don José Ortega, Juan Ramón Jiménez, Jarnés, el mismo don Antonio Machado, mil más, no sé... Todos se quedan cortos al lado de Calderón. Don Pedro fue el último gran prestidigitador del castellano. No el único: Gracián. Y eso es lo que ocurre... ¿Por qué se han de avergonzar los castellanos de izquierdas (hipotéticamente) de que Calderón fuese una cagaruta de la Contrarreforma ya deteriorada como deteriorado estaba el Imperio de los Felipes? No es ése el asunto...

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Sobre impuestos municipales

Señor Director:
Abundando en lo expresado por «Un Sufrido Administrador», en carta publicada el 16 último, tengo que ampliar lo expresado por él, en el sentido que en los recibos por «Tasas refundidas», tampoco se consignó la base imponible, ni el coeficiente aplicado; y en los recibos por «Tasa de basuras», no se expresa el número de cuotas que comprende.
Cuando la finca está dividida en pisos, no se concreta el piso y puerta a que corresponde, en ninguno de los citados impuestos.
La labor del administrador se convierte en la de adivino.
¿Con la facilidad de mecanización que tiene el Excmo. Ayuntamiento, sería pedir mucho que para el año próximo los recibos se extendiesen con datos que son prácticamente imprescindibles?
«Otro Sufrido Administrador»

La limpieza de la ciudad

Señor Director:
Como abonado de más de medio siglo en este prestigioso diario, me gustaría la publicación del comentario que se me ocurre al recibir de este Ayuntamiento un folleto titulado «Nens i nenes, colaboreu a la campanya de neteja», y francamente creo deberían sumarse a esta campaña los nombres de algunos concejales, genuinos representantes de los partidos políticos que inundan la ciudad con letreros, pasquines y pintadas, que a pesar de las campañas electoras prometiendo una serie de ventajas y mejoras, han convertido Barcelona en un estercolero, más si se compara con la actuación de anteriores Ayuntamientos.
N. SINGLA GELABERT

Necesidad de una conducta civilizada

Señor Director:
Estas líneas son el reflejo del pensar de muchas familias que pa-

Sólo podemos publicar —de forma íntegra o condensada, según el espacio— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellido. Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.

samos nuestras vacaciones estivales en poblaciones costeras.

Ante la ola de nudistas y seminudistas que invaden nuestras playas, quisiéramos hacer llegar nuestra voz a través de su dignísimo diario, a las autoridades competentes para que arbitren un conjunto de normas y medidas, que como resultado de una reglamentación bien definida, cada persona, familia o grupo, sepa siempre dónde acudir y a qué atenerse.

Creemos que si educamos a nuestros hijos con un sentido de moral, no podemos llevarlos a presenciar los espectáculos dignos de una película «S» que se ven en nuestras playas.

Creemos que el respeto mutuo es la base de una buena convivencia.

J. GIMENEZ
Y tres firmantes más

Las «derrotas» en el Ejército y en la Marina

Señor Director:
En las «Cartas de los Lectores» del día 4 del actual, figura la del general señor Ortega Costa, que hace referencia al artículo del señor Miravittles, inserto en la publicación del día 3 de junio, en la que figuraba un párrafo expresivo textualmente de que las Fuerzas Armadas están constituidas en su mayor parte por altos oficiales que han superado las diferentes derrotas del Ejército en el curso de la Historia.

Señor general, yo interpreto que en este caso concreto y por lo claro de su expresividad, la mención «derrota» hay que interpretarla como «camino», «andaduras», «casos», «vicisitudes», «derroteros», «singladuras», etc., es decir, «ir superando los avatares de la vida» con firmeza y gallardía, y nunca entender la palabra derrota en su expresión literal de fracaso o humillación. No creo que haya

que estar en posesión de una licenciatura en Filosofía y Letras; para verlo claro, al menos un servidor no tiene ningún título universitario ni mucho menos. En las dotaciones de los buques de guerra figura un oficial denominado «Oficial de Derrota», que es quien cuida de que la nave siga allende los mares las rutas que ordena el comandante de la misma. No cuida tal señor de trámites ni ardid para fugarse ante el enemigo, ni de esquivar los torpedos que les tiren.

Desearía que lo dicho sirviera para autenticar el aludido párrafo del artículo del señor Miravittles.
Francisco VENDRELL

Hechos para meditar y... actuar

Señor Director:
A continuación paso a relatarle unos hechos acontecidos el pasado lunes, 4-6-81, en la carretera de Caldas de Bohí.

Ocurrió que circulando por dicha carretera a unos cuatro o cinco kilómetros de Bohí me encontré con un accidente frontal de un coche contra una roca.

Al haberse producido dos heridos, uno de ellos grave, intentamos por todos los medios conseguir la asistencia de un médico. A tal fin nos dirigimos a la población más cercana, Bohí, donde no había ni médico, ni botiquín de primeras curas. Nos dirigimos entonces con los heridos a Barruera, en donde sabíamos había un médico de urgencia.

Al llegar nos encontramos con un letrado en la puerta de su chalet que decía poco más o menos: médico de guardia. Por razones que desconozco, no había ni médico ni indicación alguna sobre su paradero. Nos dirigimos entonces a la población de Vilaller, en donde, tras breve búsqueda, localizamos a un médico que, tras examinar a los heridos nos indicó la necesidad de que los llevásemos a Pont de Suert para, de ahí, en ambulancia a Lérida.

Pues bien, desde producido el accidente hasta Vilaller (no hasta Lérida) estuvimos alrededor de dos horas buscando médico.

No voy a hacer ningún comentario. El que se sienta aludido que actúe, personal u organismos, que para ello están.

M.ª Luísa TORT
y Francesc XAVIER ROS

El Patronato Municipal de la Vivienda no contesta ni al juez

Señor Director:
El día 16 del pasado mes de marzo entregué personalmente al Patronato Municipal de la Vivienda un oficio del Juzgado de Distrito n.º 9, para que proporcionara unos datos técnicos referentes a la instalación de la conducción de humos de la casa n.º 12 de la calle Puig y Cadafalch, de esta ciudad, viviendas construidas por ese Patronato Municipal de la Vivienda, con motivo del juicio verbal civil n.º 713/80.

El fallo del juicio salió el día 21-4-81. El pasado día 16-6-81 hizo tres meses de su entrega al Patronato, sin haber recibido aún la contestación al mencionado oficio. Si se hubiera contestado dicho oficio, la sentencia quizás hubiera sido muy diferente, y no nos hubiéramos visto obligados los dos contendientes a apelar dicha sentencia y se hubiera evitado también complicar a otros vecinos de la comunidad, que de alguna manera pueden verse afectados con el problema.

Jamás hubiera creído que podía desatenderse la petición de un juez. ¿Cómo puede tratarse con tanto desprecio e indiferencia un ciudadano, y en este caso además a un cliente, que somos quienes les pagamos, ya que es un organismo oficial? Me comentaban algunos componentes del Servicio Técnico que el oficio lo debía de contestar el arquitecto que hizo las obras, pero que ya no estaba allí. Imagine-se qué manera de justificarse, inconcebible y absurda. Informé al propio presidente de lo que ocurría, y a pesar de reconocer que era su obligación contestarlo, ni por esas.

Melchor HEREU NAVARRI

(Más cartas en la pág. 7)